

FILMS DE AMOR

EL ESPÍA DE LA
POMPADOUR



Museo

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Berbará, 16
B A R C E L O N A

El espía de la Pompadour

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la eximia actriz de la pantalla

LIANE HAID

Exclusivas E. FIUS

Rambla Cataluña, 44 Barcelona

REPARTO:

Marqués de Eon..... **LIANE HAID**
Marquesa de Pompadour.. **AGNES ESTERHAZY**
Lord Hatfield..... **DENE MOSEL**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



A MANERA DE PROLOGO

Muchas han sido las novelas que se han escrito basadas en el célebre reinado, en el reinado de Luis XV, cuya corte fué durante mucho tiempo admiración del mundo entero por su frivolidad, por el derroche de riquezas y también por la miseria que agobiaba al pueblo de Francia. Entre todos los personajes que vivieron en aquella época ha quedado como ejemplo de mujer coqueta y caprichosa la célebre Marquesa de Pompadour, que llegó, con su belleza, a tener más poder que el mismo rey, puesto que su voluntad estaba por encima de la regia persona. Entre todo ese número de novelas, siempre basadas en un hecho de la vida de aquel rey, que prestaba mayor interés a la belleza femenina que a los asuntos del Estado, sobresale, por su intriga y por las circunstancias que lo rodearon, un hecho, al que se le dió el nombre de "Marqués del Eon", y el cual ha sido llevado a la pantalla

con toda la fidelidad que permiten los nuevos procedimientos cinematográficos y valiéndose de los mismos lugares en que fué desarrollándose la acción que a continuación vamos a relatar.

Trasladémonos mentalmente a la Corte de Francia y ocupemos el aristocrático palacio del Marqués de Eon, donde aquella noche todo era atribulación, porque la joven marquesa, al ser madre de una preciosa niña, acababa de morir, dejando al único vástago de la muy noble casa confiado al amor y desvelo del anciano marqués.

El haber nacido el primogénito hembra tiraba por tierra todas las ilusiones del marqués y hacía que desapareciera el título, que durante tantos años había triunfado en Francia. Únicamente la doncella y él sabían la verdad de la naturaleza del recién nacido y tan pronto como murió la marquesa, su esposo amenazó con dar muerte a la mujer que había visto nacer a la criatura si no le juraba que guardaría el secreto de su verdadero sexo.

Y como hombre creció y fué educado el descendiente de los marqueses de Eon, hasta que llegó a tener diez y ocho años, época en que su padre, viendu agotarse por minutos su vida, le reveló su verdadera personalidad.

CAMINO DE PARIS

La confesión que el marqués tuvo que hacer a su hija fué dolorosa, mucho más cuanto que conocía el carácter violento de ésta; pero, reuniendo sus escasas fuerzas, le dijo:

Hija mía, para conservar la fortuna y el título de nuestros mayores, que en caso contrario hubiese pasado a otra rama de familia, fué preciso ocultar tu verdadero sexo y educarte como a un hombre.

La revelación de aquel secreto fué para el joven marqués, o mejor dicho, para la joven marquesa, un golpe violento, contra el que se revelaba todo su ser y exclamó:

—Pero yo no puedo continuar sosteniendo esa impostura. Me lo veda mi propia dignidad.

—Piensa, hija mía—le respondió su padre—que todo lo he hecho por tu bien y que si descubres la verdad todo el peso de la ley caerá sobre tu desgraciado padre.

La marquesita no contestó, pero por su aspecto se adivinaba que estaba decidida a des-

lo comprendió así y cayó sobre un sillón con las manos apoyadas en la cara, mientras que de sus ojos se desprendían dolorosas lágrimas. El estado en que se hallaba su padre impresionó grandemente al que desde ahora trataremos como hombre y, acercándose a él, le dijo:

—Sería yo ingrata si causara a usted el menor pesar. Mantendré la farsa, puesto que es preciso para vuestro sosiego.

—Gracias, hija mía, gracias—respondió el cubrir su verdadera personalidad. El marqués anciano abrazando tiernamente a su hija.

Mas ésta separóse del abrazo y continuó diciéndole:

—Lo que no puedo aceptar son las ventajas que esta falsa posición me ofrece. Marcharé a París y procuraré conquistar la fortuna por mi propio esfuerzo.

.....
Colección usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

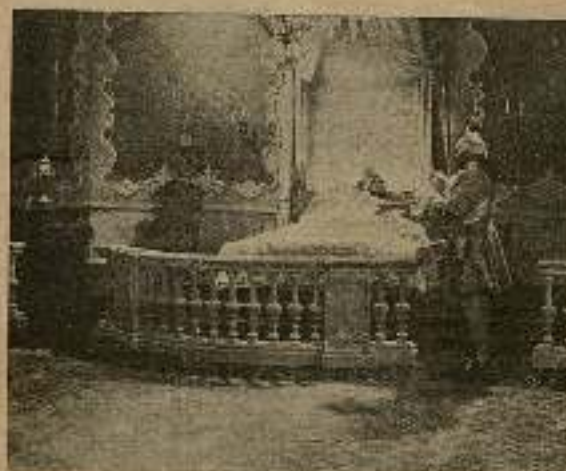
FILMS DE AMOR

EL ESPÍA DE LA POMPADOUR

Y, tal como lo dijo, aquella tarde, en una vieja diligencia que conducía a la hermosa capital parisiña, el primogénito de los marqueses de Eon marchaba en busca de la fortuna que pensaba adquirir por sí mismo. No tenía plan ninguno; desconocía por completo a todos los personajes de la Corte y ni por un momento pensó en presentarse a ellos. Además, le repugnaba el vestido de hombre, por el que tendría que hacerse pasar en adelante, y, sumido en sus tristes reflexiones, no se dio cuenta de su llegada a la capital hasta que el conductor llamó su atención diciéndole:

—Caballero, si no conocéis ninguna posada, os recomiendo ésta que tenemos ante nosotros. En ella hallaréis comida abundante, buen vino y algunas bellas que os alegrarán la estancia.

El marquesito de Eon no respondió a la invitación del cochero. Le daba lo mismo aquella posada que otra cualquiera. Lo im-



Le invitó acercarse a su hijo

portante era descansar y reponer las fuerzas con una buena cena. Por lo mismo, subió la escalinata que conducía al interior del edificio y entró decidido a él.

A aquella misma hora, algo lejos de allí, en el Gran Teatro de la Opera, toda la aristocracia francesa se hallaba reunida, presenciando la representación de una de las óperas más célebres de aquel tiempo. El lujo majestuoso y excitante de las damas contrastaba con la refinada elegancia de los caballeros. Palcos y butacas se hallaban ocupados por

el público cuando, a mediados del primer acto, hizo su aparición en uno de los palcos la bella marquesa de Pompadour. Su entrada dió lugar a una exclamación de admiración y todos en general se levantaron para hacerle una cumplida reverencia. Sabían que aquella mujer tenía más poder que el mismo rey y no había un solo cortesano que no disputase el honor de su amistad, lo mismo que tenían su odio. Sin embargo, un caballero que se hallaba sentado en un palco, al ver quién era el que entraba, siguió tranquilamente en la misma posición, sin darle importancia a la célebre mujer. La marquesa de Pompadour recorrió con la vista todo el teatro y luego se sentó displicentemente en una de las butacas del palco regio. Inmediatamente se presentó uno de los más sumisos servidores de la reina moribunda de Francia, que ejercía el cargo de tesorero, diciéndole:

—Señora, tengo a su disposición los cien mil luises para su nuevo castillo.

—¿Cómo ha podido conseguirlos tan rápidamente?—preguntó, extrañada, la Pompadour.

—No le extraña la rapidez con que tuve el honor de servirle de nuevo. El impuesto sobre el trigo comenzó a dar su fruto.

La Pompadour le dirigió una de sus más seductoras miradas, a la vez que señalaba el palco en el que había permanecido sentado

el caballero que decíamos anteriormente, y exclamó:

—Es intolerable el necio orgullo del nuevo embajador de Inglaterra. Es necesario que esta misma noche se presente a mí.

De sobras sabía el tesorero que aquel deseo implicaba una orden terminante y, por lo mismo, sin perder un momento, se dirigió al palco del joven embajador y le dijo:

—Excelencia, vengo comisionado por la mujer más bella de Francia para que tengáis el honor de saludarla. Y señaló hacia el palco donde estaba la Pompadour.

A pesar de la indiferencia que sentía por aquella mujer, la galantería se impuso y, levantándose, contestó al embajador de la favorita del rey:

—Caballero, estoy pronto a seguirlos.

La Pompadour, al advertir que se acercaban donde estaba ella, echó las cortinillas del palco para librarse de miradas indiscretas y esperó impaciente la llegada del joven diplomático.

—Perdonadme, señora, si los asuntos de mi cargo no me han permitido presentaros antes mis respetos—se disculpó, haciendo una galante reverencia el embajador.

Ella le ofreció su mano, para que la besara, a la vez que le decía:

—Aceptadas sus excusas, señor Hatfield, mi impaciencia por hablar con usted obedece

al deseo de conocer el verdadero sentido del nuevo tratado entre Inglaterra y Francia.

El embajador hizo un gesto, como dando a entender que le enojaba aquella conversación, mientras le decía:

—No creo, señora, que sea la política tema interesante para una mujer tan bella como vos.

—Muy galante, señor embajador—exclamó la Pompadour, adivinando que se las tenía que ver con un hombre cuya diplomacia era mayor aún de lo que ella había supuesto—. Pero dejemos aparte la galantería y hablemos como amigos de lo que tanto nos interesa a los dos en estos momentos.

—Lo que más nos interesa en el momento presente—respondió el embajador comprendiendo la astucia de aquella mujer, que quería fascinarlo con su belleza—, es oír la ópera que están representando tan admirablemente vuestros artistas. Y al decir esto separó las cortinillas del palco y aparecieron a la vista de todo el público.

Aquel acto produjo en el orgulloso temperamento de la cortesana una violencia tal que exclamó:

—Me parece que usted ignora quién es el verdadero soberano de Francia.

Con aquello quería darle a comprender al embajador cuál era su influencia con el rey y hacerle comprender que su acción no deja-

ría de tener su castigo; pero el diplomático inglés, sin inmutarse por la amenaza, respondió tranquilamente:

—No conozco ni admito a otro que Luis XV.

Aquella sangre fría, aquel aplomo con que hablaba el embajador, acabó por exasperar a la marquesa de Pompadour, quien, llamando al tesorero, le dijo:

—Lord Hatfield desea retirarse.

El embajador hizo una reverencia y salió del palco de la favorita real seguido del tesorero del reino.

Cuando volvió al lado de su señora, ésta, crispando las manos en ademán violento, exclamó:

—Yo sabré vengarme de esta humillación. ¡Pronto, mi silla!

Y, momentos después, la orgullosa marquesa de Pompadour, la que no conocía desdenes ni humillaciones; la que era el ídolo de los palaciegos, se dirigía hacia el palacio real con el corazón ansioso de venganza hacia el único hombre que había sabido oponerse a sus caprichosos deseos.

LA PRIMERA AVENTURA DEL MAR- QUES DE EON

El supuesto y gentil marqués de Eon empezó su vida aventurera entre una sociedad nada recomendable. La hostería que le había designado el postillón no era por cierto de las mejores de París. Al entrar en ella se dió cuenta de que aquella casa, más que posada, era albergue del vicio y del libertinaje. En la gran sala que servía de establecimiento había varios hombres que tenían sentadas sobre ellos a otras jóvenes alegres, cantando y bailando desenfrenadamente. El joven marqués hizo caso omiso de la concurrencia y ordenó al hostelero que le sirviera la cena. Apenas había comenzado cuando se le acercaron varias jóvenes; pero él supo alejarlas con su mal humor, dándoles a entender que nada quería con ellas. Mas, no obstante, una nueva concurrente se creyó con más encanto que las demás para seducir al apuesto joven e intentó su conquista diciéndole:

—¿Continúas siendo tan esquivo con las mujeres, hermoso caballero?

—Cuando os necesite a alguna ya os llamaré—respondió molesto el marqués.

—No es necesario—respondió la muchacha. Yo quiero anticiparme a tu deseo y te haré compañía.

El marqués la dejó que se sentara a su lado, pensando que lo mejor sería no responderle a ninguna de sus palabras hasta que se cansara y lo dejara en paz. Pero, sin embargo, la joven se acercó aún más a él y pretendió besarle. Aquel acto, que, como es natural, suscitaba toda la repugnancia del marqués, lo hizo levantarse de su asiento y arrojar violentamente de su lado a la muchacha, que cayó al suelo tan larga como era.

Una carcajada general acogió el acto del Marqués y varios de los presentes llamaron a la jovencita despreciada, diciéndole:

—No te canses, muchacha. Con esa cara de niña, ¿cómo se quiere que se porte como un hombre?

El insulto halló eco en el carácter violento del marqués, que, desenvainando su espada, exclamó, a la vez que se ponía en guardia:

—¡Avanzad, cobardes, uno a uno, o todos juntos! ¡Veremos quién es más hombre!

Los contrarios eran tres; pero, no obstante, el marqués, consumado maestro en esgrima, los tenía a raya y no los dejaba avanzar un paso. Por fin, uno de ellos, más decidido que sus compañeros, quiso atacarlo por

la espalda y el marqués tuvo que emprender la retirada, convencido de que aquellos bellacos no dudarían en faltar a todas las reglas de la esgrima con tal de dejarlo fuera de combate. Luchando para no perder el frente de sus adversarios, el marqués fue ganando la puerta, y cuando llegó a ella, un inmenso griterío hizo que tanto él como sus contrarios abandonaran la lucha.

Una rica litera se había detenido a la puerta de la hostería y el populacho le cerraba el paso, profiriendo gritos subversivos contra la persona que la ocupaba. El marqués procuró ver quién iba en su interior, y al advertir que era una mujer, les preguntó a sus contrarios:

—¿Quién es esa dama?

—Es la Pompadour, la favorita del rey.

—¿Y por qué se amotina contra ella el populacho?— volvió a preguntar el marqués.

—Porque ella es la principal causante de que nos achicharren con impuestos—respondió el individuo que había olvidado ya su pelea, para no pensar más que en su odio hacia aquella mujer.

—Sin embargo—exclamó el marqués—, se trata de una dama y es obligación defenderla.

—No lo creas—exclamó riéndose el otro—. Por mucho daño que le hagan nunca será



La marquesa de Pompadour con o sine verdaderamente concedida audiencia

tan grande como el que ella está causando a Francia.

Pero el marqués ya no pudo oír estas palabras, sino que, saliendo en defensa de la favorita de Luis XV, se había colocado ante la portezuela de la litera e impedía que los amotinados pudieran apoderarse de ella. Con un ardor extraordinario, estuvo durante gran rato luchando, hasta que, por fin, llegaron los refuerzos que habían ido a buscar los conductores de la litera y huyó el populacho. Durante la lucha, la Pompadour no perdió de vista la apuesta figura de su defensor, y cuando llegaron los soldados, quiso darle las gracias, diciéndole:

—¿Sabe el caballero a quién acaba de salvar la vida?

—Me basta con que seais una dama que necesitaba auxilio para considerarme dichoso si os he podido servir en algo.

—Soy la marquesa de Pompadour—le dijo ésta presentándose—. Presentaos mañana en palacio y haceos conducir a mi presencia.

—Seréis servida, señora — respondió el marqués de Eon, haciendo una graciosa reverencia que acabó por conquistar a la liviana amiga del rey.

Mientras tanto, éste, retenido por razones de Estado en palacio, esperaba pacientemente el regreso de su favorita.

La Pompadour, al llegar a su cámara, ha-

bía olvidado ya el peligro corrido, para no pensar en otra cosa que en vengarse de la humillación del embajador. El mismo rey salió a recibirla y ella le dijo:

—¿Sabéis, señor, que el embajador de Inglaterra acaba de insultarme groseramente? Si vuestro favor no ha de servirme para librarme de mis enemigos, abandonaré esta vida y me encerraré en un convento.

—Descuidad, señora, que yo llamaré la atención de ese embajador que se ha atrevido a enojarme — respondió el rey cariñosamente.

Pero esto no era bastante para aplacar la sed de venganza de la Pompadour y exclamó:

—Es necesario que el rey de Inglaterra lo destituya inmediatamente.

Luis XV tuvo un momento enérgico y contestó:

—Imposible. En estos momentos no me conviène el más pequeño rozamiento con la corte inglesa.

Aquella negativa, contra la que no podía oponer más que la fuerza de su belleza, obró en la Pompadour un efecto inmediato y, sin despedirse de la real persona, se encerró en su cuarto.

Luis XV permaneció un rato a solas, pensando en los encantos de su favorita y, finalmente, como siempre sucedía, pudieron éstos más que su voluntad y entró en el dormitorio

de la Pompadour para reconciliarse con ella, diciéndole:

—Perdón. Lo he pensado mejor. Las complicaciones diplomáticas no valen el menor enfado de una mujer hermosa.

La Pompadour, con una de sus seductoras sonrisas, lo invitó a acercarse a su lecho y le tendió los brazos en señal de perdón, que el rey se apresuró a cubrir de ardientes besos.

Y de aquella forma, con el arma más poderosa del mundo, aquella mujer de tan singular hermosura, regía, no solamente los destinos de una de las naciones más poderosas, sino también la voluntad del soberano.

Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio de cada método **25 céntimos**

EN LA CORTE

Había llegado a tal extremo la soberbia de la marquesa de la Pompadour, que, como una verdadera reina, concedía audiencia y tenía su corte de aduladores, que no faltaban ningún día para rendir pleitesía a la favorita.

El tesorero real llevaba sus servicios hasta el punto de ser introductor de cuantas personas deseaban ver a la marquesa y al día siguiente de los hechos que acabamos de relatar, hallábase la reina morganática recibiendo a los principales personajes de la corte, cuando el tesorero anunció al embajador del poderoso reino de Katania.

El personaje anunciado hizo una reverencia a la hermosa mujer y le dijo, confidencialmente:

—¿Sabéis, señora, lo que se afirma en la corte?

—Estoy tan alejada de ella, que apenas si me entero de los asuntos de Estado—respondió con fingida ingenuidad la favorita—. Si sois tan amable que queréis repetírmelo...

—Pues se asegura que Inglaterra retira a su embajador.

La Pompadour hizo un gesto, queriendo expresar que nada le importaba aquello, y le dijo, afectuosamente:

—¿Qué puede esto importarnos, conservando la amistad de la poderosa Katania?

—Estad cierta, señora—respondió el embajador—, que yo, como embajador de Katania y en representación de mi país, me consideraré muy dichoso conservando vuestra particular amistad.

También yo os aseguro que la poseéis por completo—contestó la Pompadour, cuyas intenciones eran las de saber por el embajador en qué estado se hallaban los lazos de cordialidad entre Katania y Francia. Pero el embajador de este país, hombre diestro en materias diplomáticas, supo eludir hábilmente la respuesta definitiva y salió de la audiencia sin que la Pompadour pudiera conocer los verdaderos proyectos de aquel país.

Hacia una rato que en la antecala, entre los demás nobles que esperaban audiencia, se hallaba el joven marqués de Eon, cuando el tesorero salió a decirle que la marquesa de Pompadour esperaba su visita.

Cuando el joven se presentó ante la favorita del rey ésta le hizo acercarse a ella, a la vez que le tendía la mano, en la que el joven depositó un respetuoso beso.



Apenas traspaso la puerta.

—Tengo contraída con vos una deuda sagrada. ¿En qué puedo servirlos?—le preguntó.

El marqués de Eon comprendió que nadie como aquella mujer podía influir en su porvenir y respondió:

—Vine a París a hacer carrera.

En aquel momento entró nuevamente el tesorero y la marquesa le preguntó:

—¿No hubo manera de hacer confesar a ese viejo zorro si Katania nos ayudaría en caso de guerra?

—Ha sido imposible, pero todo se arreglaría si contásemos con una persona capaz de arrancar al embajador esa importante misión.

El marqués de Eon, que estaba oyendo la conversación, vió su figura reflejada en un espejo y, mentalmente, se hizo la ilusión de que, vestido de mujer, de su verdadero sexo, estaba ella tan bella que difícilmente hubiera podido ningún hombre resistir a sus encantos, y menos aún el embajador, que, a pesar de su vejez, tenía fama de ser de una debilidad extraordinaria para con las mujeres. Esta visión momentánea le sugirió un rápido pensamiento, que comunicó a la Pompadour, diciéndole:

—¿Queréis confiarme esa misión?

—¿Acaso podríais vos arrancar a ese embajador la confesión que tanto nos interesa? —le preguntó extrañada la Pompadour.

—Estoy seguro de ello, señora—respondió el marqués—. Para ello tan sólo necesito que se me proporcione un traje de dama de corte.

—Pronto estaréis servido, señor marqués—exclamó la marquesa—. Yo misma os conduciré a mi ropero y en él podréis elegir el traje que más os plazca.

En efecto, ella misma fué sacando los trajes de su uso personalísimo, los zapatos, las pelucas, los sombreros, todo cuanto podía necesitar para su transformación. Al quedarse solo el marqués, estuvo durante un gran rá-

to contemplando la maravilla de aquella habitación, cuyas paredes y techo, cubiertos por completo de espejos, reproducían su figura con una exactitud maravillosa. Escogió, finalmente, uno de los vestidos y media hora después se presentaba ante la Pompadour, y el tesorero, que, maravillado por aquel cambio, no pudo menos que demostrar la admiración que le producía la belleza del que creía que era un hombre, y le dijo:

Confieso que, de no saber vuestro verdadero sexo, sería yo su primer enamorado.

Y era verdad; la belleza de la joven era sorprendente. Aquellos adornos propios de su sexo aumentaban los encantos de la joven, que aparecía bajo ellos en toda su espléndida hermosura.

—No dudo que el embajador se dejará fascinar por vos, marqués—le dijo sonriendo la favorita real.

El tesorero llamó a uno de los lacayos y le ordenó, señalándole al marqués:

—Que conduzcan a esta señora a la embajada de Katania.

Hallábase el embajador de Katania procurando restaurar los estragos que los años hacían en su persona, cuya cabeza aparecía calva ante el espejo, cuando entró un criado anunciándole:

—Una señora solicita ver a su Excelencia.

No esperaba el embajador a ninguna dama en aquella ocasión y preguntó, sorprendido:

—¿Es joven?... ¿Es hermosa?

—La mujer más bella de Francia envidiaría su hermosura—exclamó el criado.

—¡Que pase, que pase!—ordenó inmediatamente el embajador, mientras que se cubría la calva con una rica peluca. Se sentó ante la mesa de su despacho y, fingiendo que trabajaba, esperó la llegada de la desconocida. Apenas ésta traspasó el dintel de la puerta cuando el viejo embajador, maravillado por su belleza, salió a su encuentro. La visitante, o sea el marqués de Eon, se llevó un rico pañuelo de encajes a los ojos y secó unas lágrimas que no existían.

—Perdone, excelencia—exclamó, al fin—Me encuentro muy conmovida. Soy de Katania y vengo a solicitar su protección.

—¿Y qué clase de protección necesita de mí, hermosísima señora?—preguntó el embajador melosamente, y, tomando a la joven de la mano para hacerla sentar en un sofá de raso que había en la estancia.

—Deseo regresar a Katania. Tengo miedo de continuar en París.

—¿Y a qué se debe ese miedo?—volvió a preguntar el viejo embajador, sentándose al lado de la joven, sin soltar la mano que tenía aprisionada entre las suyas.

—Me aseguran—respondió el fingido mar-

qués de Eon—que Inglaterra y Katania están aliadas y muy pronto declararán la guerra a Francia. No quisiera que esos tristes días me sorprendieran en país enemigo. Y al decir esto volvió a ocultar su preciosa carita entre los encajes del pañuelo, fingiendo que lloraba nuevamente. El embajador, compadecido por dulcemente la barbilla y le hizo levantar la vista hasta él, diciéndole:

—Nada tema. Puede permanecer tranquilo en París.

—Su excelencia es muy bueno y lo dice para tranquilizarme—exclamó la joven.

—Nada de eso—exclamó el embajador—Por ahora puede estar segura de que Katania está tranquila y no piensa en guerrear con nadie, y menos con Francia.

Esto era lo que le interesaba al marqués de Eon; pero aún tuvo que soportar por algún tiempo las molestas galanterías del embajador, que empezaba a ponerse ya demasiado empalagoso. Entonces se le ocurrió una de sus muchas diabluras al enviado de la Pompadour; aprovechó el abrazo en que la tenía sujeta el embajador para clavarle con un alfiler la peluca al respaldo del sofá, y cuando el diplomático fué a levantarse para seguir a la joven, ésta le dijo:

—Excelencia, tenga mucho cuidado con las monedas, que pican.

Entonces fué cuando se dió cuenta de lo

que había ocurrido y ordenó a sus criados, en vista de que la desconocida había salido corriendo:

—Que sigan a esa mujer que acaba de marchar de aquí. Necesito saber su verdadera personalidad.

Pero el espiá de la Pompadour había subido a su litera y se dirigía a todo correr de sus caballos hacia el palacio real, donde la esperaba la favorita del rey.

PASO...

¡La Felicidad que llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

AMOR

Aquella mañana, una de las visitas principales y de más importancia que debía recibir Luis XV era la del embajador de Inglaterra; pero, acordándose de la promesa hecha a su favorita, se negó rotundamente a darle audiencia y el joven diplomático se vió sorprendido cuando el introductor salió a decirle:

—Perdone Su Excelencia, pero Su Majestad no puede recibirlo por hallarse muy ocupado en graves asuntos del Estado.

La sospecha de que aquel desaire era una venganza de la Pompadour hizo que el diplomático no insistiera en su deseo y se marchó nuevamente hacia su residencia, seguro de que no tardaría a recibir órdenes de su Gobierno ordenándole que abandonase París. A alguna distancia del palacio real vió a una litera que había caído en un bache y junto a ella a una joven de extraordinaria belleza. En seguida comprendió que aquella dama necesitaba auxilio e, impulsado en esta ocasión, más que por la galantería, por el poder fascinador que en él había ejercido la soberana belleza de aquella mujer, bajó

de la litera que él ocupaba y se acercó hasta la desconocida, diciéndole:

—Soy el embajador de Inglaterra, señorita. ¿Me permite que le ofrezca mi carruaje?

El fingido marqués de Eon, que era precisamente la dama que había encontrado el joven Hatfield, ante el temor de ser alcanzada por los criados del embajador de Katalania, y atraída también por la simpatía de su protector, aceptó el ofrecimiento y entró en la litera del diplomático inglés. Dio una dirección diferente a la que llevaba, pero que la dejaba cerca del palacio real, y el carruaje se puso en marcha inmediatamente.

—¿Hacia mucho que esperabais, señorita?—le preguntó Hatfield, para empezar la conversación.

—Acababa de volcar la litera cuando llegasteis, caballero—respondió la joven mirando discretamente a su acompañante.

—Y a lo mío que mi suerte no ha podido ser mejor—exclamó el embajador—. Puesto que me ha permitido conocer a la mujer más hermosa de Francia, a quien envidiaría la misma Pompadour.

—Sois muy galante, señor caballero—respondió la joven—; pero vuestras palabras pueden ocasionaros un grave disgusto si la Pompadour llega a saber que me comparáis con ella.



Me encuentro muy conmovida

—No me importa—replicó Hatfield, que se había apoderado de una mano de su compañera, y que ésta no había hecho intención de retirar—. No le temo a esa mujer y mucho menos cuando, como ahora, expreso lo que mi corazón siente.

Ella bajó los ojos conmovida por las palabras del joven diplomático y éste, sin poderse contener, la estrechó fuertemente entre sus brazos. Fue tan dulce aquel momento, que la joven sintió en todo su ser un estremecimiento tan desconocido que no opuso la menor resistencia en un principio al abrazo en que

la tenía sujeta el lord. Por fin, comprendió que estaba jugando con fuego y exclamó, procurando evadirse:

—Caballero, os ruego que hagáis mandado: detener el carruaje. Hemos llegado a mi casa.

—Sin embargo—respondió sonriendo el embajador—, no os dejaremos marchar sin que me prometáis que volveremos a vernos.

—Bien. Mañana, a las nueve, frente al hotel Ponts des Arts—contestó el marqués de Eon, para verse libre, y sin pensamiento de cumplir su palabra.

Aquella noche el marqués de Eon había sido invitado a cenar con la Pompadour para que le diera a ésta cuenta del resultado de su gestión. La frivolidad de la favorita real había visto en aquel hermoso joven una víctima más de su coquetería y empleaba todas sus artes fascinadoras en seducirlo, si bien en esta ocasión la cosa iba a resultar un poco difícil.

Cuando el marqués de Eon entró en las habitaciones de la marquesa, esta lo recibió con muestras de gran regocijo y lo hizo sentar a su lado, diciéndole, una vez que el joven le explicó la conversación que había sostenido con el embajador de Katania:

—Estoy satisfecha, muy satisfecha de usted, querido marqués. Y, mientras tanto, por debajo de la mesa, iba buscando los pies del joven, que éste retiraba discretamente.

Toda la cena fué un verdadero suplicio para el marqués, puesto que tuvo que aguantar las caricias de aquella mujer hasta que apareció el tesorero y la Pompadour lo despidió diciéndole, con una sonrisa prometedora de dulces intimidades:

—No olvide que mañana a la noche le aguardo, marqués. Cenaremos solos, completamente solos.

—Muy honrado, señora—respondió el marqués, haciendo una ligera reverencia y saliendo de la estancia.

Entonces, la Pompadour se volvió hacia donde estaba su tesorero y le recomendó:

—Es necesario que al marqués de Eon se le conceda un cargo cerca de mi persona.

Comprendió el tesorero el nuevo capricho de aquella liviana mujer y respondió sonriente:

—Tenga confianza en mí, señora. Ya sabe que soy su más fiel servidor.

Durante toda la noche el joven marqués de Eon se sintió agitadoísimo por un extraño sentimiento. El recuerdo del joven inglés no se apartaba de su mente y su corazón de mujer, que hasta entonces había desconocido lo que era el amor, se sentía atraído con una fuerza irresistible hacia aquel hombre que había sabido despertar en ella este dulce sentimiento.

LA VENGANZA DE LA POMPADOUR

Al día siguiente, tal como había supuesto el embajador inglés, recibió una orden de su Gobierno en la que se le decía:

"Por orden de Su Majestad el Rey de Inglaterra queda lord Hatfield relevado de su cargo de embajador cerca de la corte de Francia.

Lord Hatfield debe abandonar París en un plazo de veinticuatro horas."

¡Esto es obra de esa maldita mujer!— exclamó indignado el embajador. Pero por encima de su indignación brilló con más fuerza aún el recuerdo de la bella desconocida de la noche anterior y su corazón latió con violencia al pensar que tendría que abandonarla.

Hasta momentos antes de la hora fijada para la cita el marqués de Eon había luchado contra su deseo de acudir al lugar indicado al lord; pero su voluntad era menor que su amor y terminó quitándose las ropas que ocultaban su verdadero sexo y se vistió con el mismo vestido que le había facilitado la Pompadour. Hecho esto, corrió adonde ya la

esperaba Hatfield y, apenas se vieron, cayó en brazos de aquél, que la estrechó dulcemente contra su corazón, diciéndola:

—Adorada desconocida, nunca pude sospechar la influencia que podía ejercer una mujer en la vida de un hombre hasta que tuve ayer la dicha de conoceros.

Ella le oía extasiada, sus palabras repercutían en su alma con el eco delicioso de una música celestial y fueron momentos de intensa felicidad los que los dos enamorados pasaron estrechamente unidos. Por fin, el embajador le dio la fatal noticia de su marcha, diciéndole:

—Aunque me destroza el corazón, es preciso que os lo diga: No volveremos a vernos más.

—¿Por qué?—preguntó ingenuamente la joven—. ¿No decís que me amáis?

—Es cierto—respondió él—. Os amo como mujer alguna ha podido ser amada, pero me obligan a abandonar París. No tenga duda de que es la Pompadour la autora de esta intriga. Y en pocas palabras le fué contando todo lo que le había ocurrido con la célebre favorita de Luis XV.

Y aquella primera entrevista de amor fué también la despedida para siempre de los dos enamorados, de aquellos dos corazones que el azar había unido caprichosamente en un mismo sentimiento...

Cuando de nuevo regresó a su casa, se encontró con la sorpresa de que en ella se hallaba el tesorero del reino, que le dijo:

—Traigo una misión de Su Majestad. Es preciso que usted salga de Francia por una temporada.

La joven se quedó estupefacta ante tal noticia y el tesorero continuó explicándole el motivo de aquella orden.

—Partirá usted inmediatamente para Katanía, con objeto de desempeñar una misión secreta... La soberana de aquel poderoso país es muy desgraciada al lado del rey su esposo, hombre depravado y de perversos instintos. Francia se propone libertarla de tan odiosa tiranía y usted será el encargado de llevar a cabo esta misión. Preséntese en la corte con cualquier pretexto, pero tenga cuidado de no descubrirse, porque será estrechamente vigilado. Aquí tiene estos documentos reales que lo acreditan como enviado de Luis XV; pero le recomiendo que no haga uso de ellos, sino en caso muy apurado... ¿Cuándo partirá?

—Inmediatamente—respondió el marqués de Eon.

—Entonces, feliz viaje y que la suerte le acompañe—terminó diciendo el tesorero.

A aquella misma hora la Pompadour esperaba con impaciencia la llegada del apuesto invitado y en un rico portarretratos había co-



Tubo que soportar las molestias y peligros de su deber

locado el suyo con una dedicatoria que decía:

"A mi protector.—P."

La dedicatoria, como se ve, no podía ser más expresiva para quien estuviese al tanto de lo ocurrido hacia varias noches, y, sin embargo, no podía ser también más discreta, por si acaso caía en otras manos de las que iba dirigida. Colocó la preciosa joya que encerraba la fotografía sobre el plato preparado para el marqués de Eon y volvió a esperar inútilmente su llegada. Por fin, oyó pasos en la puerta y sintió una íntima alegría al pensar que sería su enamorado caballero. Mas su decepción fue grande al ver que se trataba del tesorero.

—¿Puede decirme por qué no se ha presentado aún el marqués de Eon?—le preguntó la marquesa.

El tesorero, hombre astuto y conocedor de todas las intrigas de la corte, respondió, sonriendo maliciosamente:

—Porque a estas horas se halla camino de Catania.

—¿Quién le obligó a ello?—preguntó exaltada la favorita.

—La prudencia, señora—respondió seriamente el tesorero—. Hubiese sido peligrosos que el rey tuviese motivos de celos.

Comprendió ella toda la razón que encerraban las palabras de su fiel amigo y cayó

sobre un sillón llorando amargamente el fracaso de aquella nueva ilusión. El tesorero, sin atreverse a dirigirle ningún consuelo, que sabía era inútil en estas circunstancias, abandonó la sala, en el mismo momento que un criado anunciaba a la marquesa de Pompadour la llegada del Suberano.

La Pompadour secó rápidamente sus lágrimas y salió a recibir al rey ofreciéndole la frente, en la que Luis XV depositó un cariñoso beso, a la vez que le decía:

—¿Has llorado, querida mía?

—De impaciencia, señor, porque tardabas en venir—respondió la astuta mujer, que en los momentos más difíciles de su vida siempre tuvo una frase para salir airoso, y más aún con aquel rey, supeditado a sus menores caprichos.

Ante la cariñosa respuesta, Luis XV se sintió halagado en su amor propio y condujo del brazo a su favorita hasta la mesa que había preparado en el centro del salón. La hizo sentarse y él tomó asiento frente a ella, en el mismo lugar que tenía reservado la Pompadour para su invitado de aquella noche. Al levantar la servilleta halló el estuche que encerraba el retrato de la marquesa y quedó sorprendido al leer su dedicatoria.

—¿Qué es esto, querida?—le preguntó.

—Os lo he dedicado para que me tengáis siempre con vos en aquellos momentos en

los que los asuntos del Estado me privan de vuestra presencia — respondió la Pompadour. Y su gentileza fué premiada con uno de los más ardientes besos del monarca, que al lado de ella olvidaba por completo los intereses de su reino.

.....

¿Quiere usted aprender
Los bailes de moda?

Pida hoy mismo los métodos de:
Precio de
c a d a
método:
25 Cts.

Pida hoy mismo los métodos de:

TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK - BOTTOM

.....

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

EN EL REINO DE KATANIA

Mientras la corte del rey de Francia era el centro de todas las trivialidades mundanas, en el lejano y poderoso reino de Katania la miseria y la peste hacían morir a diario a centenares de súbditos. En vano el pueblo clamaba piedad, puesto que Solking, el dueño y señor de aquel país, en su progresiva idiotez, no encontraba más satisfacción que la de continuar sus crímenes. A tal estado había llegado la ruina de aquel pueblo, que una comisión compuesta por tres hombres solicitó audiencia del monarca. Pero Solking se negó a recibirlos resueltamente y sus ministros tuvieron que decirle:

—Atiéndelos, señor. Son justas sus aspiraciones. Vienen de parte de todo un pueblo.

El monarca, medio encorvado, con su aspecto de infinita repugnancia, se quedó mirando a su ministro y éste siguió insistiendo:

—Es imprescindible que los recibáis.

—Bueno, que pasen—exclamó, al fin, el rey.

Momentos después se hallaban en su pre-

sencia los tres delegados del pueblo y el monarca, acercándose a ellos, le preguntó a uno:

—¿Qué es lo que deseas?

—Yo, nada, señor—respondió éste—. Es el pueblo, en el que no hay un hogar donde no reine la miseria.

Solking se lo quedó mirando y, sonriendo grotescamente, se dirigió al segundo de los delegados para hacerle la misma pregunta.

El hambre y la peste desvantan la ciudad, señor—respondió el otro.

Nuevamente se echó a reír el rey y continuó preguntándole al tercero:

¿Y tú, qué dices?

Que no podemos vivir, señor.

El monarca lanzó una estridente carcajada y, llamando a varias soldados de su guardia, les ordenó, ante la sorpresa de sus ministros:

—Prended a estos hombres. Puesto que ellos mismos confiesan que no pueden vivir, que los ahorquen.

Y, riéndose él mismo de su ocurrencia, salió de la regia estancia, mientras que sus ministros se decían:

—Ese hombre está loco y su locura será la ruina de Katania, si nosotros lo consentimos.

En una habitación contigua, la infeliz soberana de Katania, primera víctima resignada de las locuras de su esposo, había oído



Solo muy galante, señor enbailero

toda la conversación y cuando éste entró donde estaba ella, le dijo:

—¿Qué placer encuentras en maltratar sin razón a esa pobre gente?

El rey se echó a reír y respondió despectivamente:

—Las mujeres no entendéis de achaques de Gobierno. Los esclavos no obedecen más que al látigo.

Y la pobre reina tuvo que soportar nuevamente las caricias de aquel monstruo, en cuyo corazón no tenía albergue la piedad.

Otro de los caprichos del rey había sido cambiar toda la servidumbre de palacio por mujeres y el extranjero quedaba sorprendido al verse anunciado al monarca por seres de distinto sexo al que en todas las cortes existía. Este capricho se hallaba fundado en los celos que el Solking sentía y que le hacían ver un enemigo en cualquier hombre que miraba a su bella esposa. No quedó menos sorprendido tampoco el marqués de Eon cuando aquel día oyó que una de las jóvenes que prestaban servicio en el palacio lo anunciaba a Su Majestad diciendo:

—El artista francés, marqués de Eon, que tiene concedida audiencia, solicita ser recibido por Sus Majestades.

Momentos después se dibujó en la puerta la esbelta silueta del muchacho, que, hacien-

do una profunda reverencia, hizo su presentación diciendo:

—Los artistas franceses envían a los reyes de Katania su más respetuoso saludo y se honran ofreciéndoles los dos últimos inventos que han sido el asombro del mundo.

—Veamos de qué se trata—respondió el rey.

A una señal del marqués dos criados entraron un precioso piano y el joven les explicó el aparato, diciéndoles:

—Se trata de un clavecín cuyo sonido imita, embelleciéndolos, todos los ruidos de la naturaleza.

Y para confirmar sus palabras se puso ante él y empezó a tocar una dulce melodía, que la reina oía extasiada, mientras que su esposo exclamó:

—Está bien; parece una jaula de grillos, pero está bien. Veamos el otro.

—El otro—respondió el marqués sacando un nuevo aparato—es el más prodigioso invento del ingenio humano. Un microscopio.

Este fue el que más gracia le hizo a Su Majestad, hasta el punto que se apoderó de él y corrió a enseñárselo a sus ministros.

El marqués de Eon aprovechó el momento de quedarse a solas con la reina para decirle:

—Señora, sería para mí un gran honor poder servirle de profesor de música.

—También yo siento deseos de aprenderla—respondió la reina—. Y desde este momento queda usted aceptado como mi profesor oficial.

Indudablemente, los asuntos se le iban haciendo al marqués de Eon de resolución más fácil de la que él hubiera podido imaginar; pero, sin embargo, un incidente venía a dificultar la realización de su plan.

Sospechando el Gobierno inglés que la corte de Francia había enviado un agente secreto a Katania, dispuso que trasladara a la capital de la poderosa nación lord Hatfield, el más hábil de sus diplomáticos, para que indagara qué es lo que había acordado entre ambos países.

La presentación de las credenciales del nuevo embajador fué uno de los actos más solemnes de la Corte y lord Hatfield expresó su sentimiento de que no se hallase presente la reina, diciéndole:

—Siento que no se halle presente en esta audiencia la augusta esposa de Su Majestad.

Aquellas palabras del enviado inglés fueron traducidas equivocadamente por el rey y en cuanto terminó la ceremonia se dirigió hacia las habitaciones de la Soberana, que en aquellos momentos se hallaba en unión del marqués de Eon.

El rey entró como un huracán y le dijo, poseído de una nerviosa excitación:

—El embajador inglés se me ha quejado de que no quisieran asistir a su presentación. Para desagraviar a lord Hatfield será preciso que te disculpes ante él. Me conviene estar en buenas relaciones con Inglaterra.

—Ya sabes que no asisto a ningún acto oficial—contestó la reina. Ante esta tímida negativa, el rey no supo contenerse y levantó la mano para castigar a su esposa, si el marqués de Eon no se hubiera interpuesto, diciéndole:

—Majestad, en Francia había aprendido que Katania era escuela de caballeros.

El despótico Soberano se quedó mirando fijamente al joven marqués y, haciendo una profunda reverencia a su esposa, le dijo, a la vez que salía:

—Para olvidar este incidente te invito mañana a una cacería.

Muchas gracias, señor — respondió la reina.

Ahora estaba más convencido que nunca el marqués de Eon que aquella mujer era inmensamente desgraciada al lado de un hombre que desconocía por completo las reglas de la cortesía y, aprovechando el momento, se atrevió a decirle:

—Señora, yo traigo una misión secreta... Vengo a librarla de la esclavitud en que vive y a llevarla a Francia... Si se atreviese a

abandonar el país, hay amigos dispuestos a morir por salvarla...

—Os ruego que por ahora me dejéis reflexionar — respondió la reina —. Tal vez cuando volváis podré daros una contestación definitiva.

Salió el marqués de Eon de las habitaciones de la augusta dama y en uno de los soberbios pasillos del palacio se enfrentó de pronto con lord Hatfield, que, al verlo, lo detuvo, diciéndole:

—Perdón, caballero. Es prodigioso su parecido con cierta persona que conocí en París y cuyo nombre es todavía para mí un misterio.

El fingido marqués no quedó menos sorprendido al encontrarse frente a su amado, pero para no descubrir su personalidad, se echó a reír y repuso:

—El parecido no tiene nada de extraño, puesto que se trata de mi hermana única.

—¿Cómo sabéis vos?...—preguntó el embajador inglés.

—Muy sencillo—respondió sin inmutarse el fingido marqués—. Ella me habló de su encuentro con lord Hatfield.

—¿Está en Katania su hermana?—volvió a inquirir ansiosamente el joven inglés.

—Jamás se separa de mi lado—respondió el marqués de Eon.

—Entonces, ¿podré verla?



Quando regresó a su casa se encontró con el tesoro

—Ahora no le puedo contestar nada. Espere en su casa mañana tarde y tal vez ella misma vaya a visitarlo.

—No sabéis, caballero, la alegría que me produce este encuentro: respondió el lord, visiblemente emocionado. Podéis decirle a vuestra hermana que la aguardo con viva impaciencia. Y, haciendo un reverencioso saludo, se alejó por el suntuoso corredor que conducía a la puerta principal del palacio.

Las palabras de defensa pronunciadas por el marqués de Eon habían llamado extraordinariamente la atención al rey, quien llamó a dos de sus más fieles servidores y les ordenó:

—Es preciso que vigiléis a ese marqués de Eon y me tengáis al corriente de todo cuanto a él se refiera.

—Descuidad, señor; seréis servido como siempre—contestaron éstos humildemente, saliendo de la estancia real a una indicación del monarca.

.....
No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novellitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcel. na

CACERIA REGIA

Al día siguiente por la mañana todos los palaciegos se hallaban a la puerta del palacio, para asistir a la cacería regia, que había organizado el monarca. Este salió poco después, acompañado de su esposa, y montó en el caballo que le había sido destinado. Apenas anduvo varios pasos cuando a un gesto extraño de la cabalgadura cayó al suelo y exclamó irritado:

—Es inconcebible que un caballo se atreva a tirarme. Ordeno que durante cinco días, y para que sirva de castigo, se le tenga sin comer.

Nadie osó contestar a tan disparatada orden y el rey, sin perder su nerviosidad, dió orden de que quedaba suspendida la cacería de aquel día.

Volvieron nuevamente todos al palacio, y cuando el marqués de Eon volvió al lado de la reina, le preguntó inmediatamente:

—¿Habéis pensado sobre mis palabras de ayer?

Iba a contestar ella cuando se sintió un débil ruido en la puerta y el marqués aproximó el oído a ella. Se convenció de que eran espías y le indicó silencio a la Soberana. Luego se sentó en el piano y, tocando con fuerza las teclas, produjo un ruido infernal, con el fin de que nadie pudiera enterarse, más que él, de lo que la reina tenía que decirle.

Esta acercó la boca al oído del profesor de música y le dijo:

—Lleva razón, marqués. No puedo continuar más tiempo aquí. Preparadlo todo. Estoy decidida a trasladarme a mi país.

—Entonces, esta noche vendré al jardín a buscaros con un coche para huir—le contestó el marqués.

Los servidores del rey, al oír que salía el profesor de música, se ocultaron convenientemente para no ser vistos y éste, fingiendo que no se había dado cuenta de la vigilancia de que era objeto, tomó el camino de su casa, seguido de cerca por sus dos espías.

Al llegar a ella se despojó de sus ropas de hombre y volvió a vestirse con los vestidos de mujer que le regaló la Pompadour.

Uno de los servidores, al ver la transformación, y sin sospechar que pudiera ser la misma persona, le dijo a su compañero:

—Parece que al marquesito le aguardaba una mujer, bastante guapa por cierto.

Fué el otro a mirar por el ojo de la cerradura,



Indicó silencio a la soberana.

dura, que era de lo que se servía su compañero para mirar al interior de la casa; pero la salida de la dama los obligó a ocultarse nuevamente.

El fingido marqués de Eon, cumpliendo la promesa que le había hecho el día anterior a lord Hatfield, fué en su busca y le dijo:

—Esta misma noche marchó a Inglaterra con mi hermano. ¿Queréis acompañarnos?

—Es imposible—contestó desalentado el embajador—. El tirano deber me obliga a dejaros nuevamente.

—¿Tan interesante es vuestra permanencia en esta ciudad?

—Más de lo que suponéis. Antes de ausentarme de Katania he de descubrir a un misterioso personaje diplomático de Francia; cuyos planes, de realizarse, perjudicarían grandemente a Inglaterra.

Entonces, nuevamente tendremos que separarnos—exclamó la joven.

—Nuevamente—contestó con tristeza lord Hatfield—. La misión que me ha sido confiada me detiene aquí privándome del mayor placer de mi vida, que es el de poderos acompañar.

Y un tierno abrazo unió de nuevo aquellos dos seres que tanto se amaban y que el Destino se complacía en separar al primer encuentro.

Por la noche, el marqués de Eon tenía preparado el coche en el que había de conducir a la reina de Katania a Inglaterra; pero antes de encaminarse al palacio escribió dos cartas: una para lord Hatfield y otra para el tesorero del Gobierno francés, dándole cuenta de que había llevado con feliz término su misión. Hecho esto y enviado las cartas a su destino, subió al coche y emprendió el camino hacia la mansión real.

Al llegar, no advirtió que los esbirros del rey estaban al acecho y, mucho menos, que

se apoderaban del cochero y ocupaba uno de ellos el pescante, mientras que el otro lo seguía por el jardín. No tuvo que esperar mucho rato; inmediatamente se presentó la reina y, con el apresuramiento que requería el caso, subieron a la carroza. Con gran sorpresa del marqués de Eon, vió que ésta, en vez de emprender el camino que conducía fuera de la ciudad, se dirigía a la otra parte del palacio y le gritó al cochero:

—¿Que has cambiado el camino!

Pero fueron inútiles sus exclamaciones, puesto que poco después se vió en presencia del mismo rey, que le dijo:

—Vuestra hazaña debe ser castigada y se réis conducido a las mazmorras.

Los ministros comprendieron que una vez más el rey iba a cometer una de sus atrocidades y esperaron la ocasión de poder facilitar al joven la fuga.

JOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 .

SOBRE INFANTIL 15 .

HORAS DE ANGUSTIAS Y DE FELICIDAD

El lugar donde había sido conducido el marqués de Eon era el mayor castigo que podía sufrir ser humano. La lobreguez de aquel subterráneo imponía pánico al temperamento más templado y por único compañero tenía solamente al verdugo.

Sin darse cuenta de que se hallaba acompañado de un hombre el fingido marqués, se quitó la peluca y dejó al descubierto su abundante cabellera. Entonces fué cuando el ejecutor de la ley se dió cuenta del verdadero sexo del condenado y con un deseo satánico se lanzó sobre él. La lucha que se entabló entre ambos fué titánica. El marqués no defendía ya su vida como otras veces, sino que se trataba de su honor, y en su defensa hacía acoplo de todas sus fuerzas.

Mientras tanto en Palacio los sucesos seguían su curso. Reunidos los nobles del país y



—Vuestra fazada debe ser castigada y seréis conducido a las mazmorras.

en vista de la incomprensible actitud del soberano, acordaron que el Rey abdicase la Corona a favor de su esposa.

El designado para cumplir la misión de informar al Rey de la decisión tomada, entró en las habitaciones reales, en el momento en que el Rey le decía a su esposa, con irónica sonrisa.

—Ese Marqués de Eon, era un buen muchacho y le he preparado el alojamiento para toda la vida, en las mazmorras.

La reina no pudo contener los sollozos, y exclamó:

—Ten un poco de piedad para él. Piensa que todo lo que ha hecho ha sido por mí.

—No te apures— respondió el soberano—. Con el alojamiento que le he preparado lo tendrás a tu lado hasta que se muera.

El ministro aun pudo oír estas últimas frases, e interrumpió la conversación diciéndole:

—Señor, reunidos todos los nobles de la nación, hemos acordado que firméis el acto de abdicación del Reino en favor de vuestra esposa.

—¡Jamás firmare esa acta!— respondió el Rey—. Si me abandonáis, mis soldados os harán obedecerme de nuevo.

—Es inútil, señor. Todas las fuerzas y el pueblo están de nuestra parte. Por vuestro bien os aconsejo que firméis el acta.

El Rey quiso convencerse de la veracidad de aquellas palabras y se asomó al balcón para llamar a su guardia, pero en aquel instante las fuerzas y el populacho entraban desordenadamente en palacio y comprendió que todo estaba perdido.

Bajó tristemente la cabeza y le dijo al ministro:

—Acompañadme a mi despacho. Estas cosas no se deben tratar delante de las mujeres. Ellas no entienden nada de los asuntos del Estado.

Salió acompañado de los nobles que lo esperaban a la entrada de las habitaciones particulares y momentos después, con su abdicación; ponía el trono en manos de su esposa, que seguía amedrantada el curso de aquellos inesperados acontecimientos.

Entre tanto, los amotinados recorrían el palacio y las calles de la población destruyendo cuanto encontraban al paso. Sus gritos repetían en el silencio de la noche y de todas partes salían voces pidiendo la muerte del tirano, que atemorizado corría de un lado a otro las habitaciones del Palacio para librarse de la turba.

El grito de "Muera el tirano!" era unánime y recorría como reguero de pólvora toda la ciudad. Era el pueblo, que después de varios años de constante esclavitud rompía las cadenas y como un océano se desbordaba su odio hacia todo aquello que había constituido su miseria y su oprobio.

Sin embargo, cuando la reina recibió la noticia de que su esposo había abdicado en su favor, no sintió la menor alegría por la posesión del trono, sino que le dijo al ministro que fué a comunicarle la noticia:

—Ya que vosotros habéis quitado al rey, ser vosotros mismos los que llevéis las riendas del estado. Creo en vuestra justicia y rectitud

y estoy segura de que sabréis labrar la felicidad de este pueblo que tanto la merece.

Aquellas palabras afirmaron más aun el cariño que la nobleza sentía por la regia dama y todos a una se juramentaron de servir hasta el último momento a aquella mujer cuyas virtudes habían tenido que estar ocultas por el yugo tiránico de un rey maníaco.

Los acontecimientos se precipitaban con extraordinaria rapidez y uno de los criados de lord Hatfield le dio cuenta de la sublevación, diciéndole:

Ha estallado la revolución. El marqués de Eon ha sido conducido a las mazmorras. No necesitó saber más el embajador, sino que corrió hacia el lugar que le había indicado su servidor y halló al pobre marqués, casi agotado por el supremo esfuerzo que hacía para librarse de aquel monstruo.

De una estocada hizo rodar por tierra el cuerpo del verdugo y, acercándose al marqués de Eon, que con las ropas en desorden se hallaba recostado sobre una roca, le dijo:

—¿Y su hermana?... ¿Dónde está su hermana?

Entonces, ella le estrechó entre sus brazos y le preguntó:

—¿Ni aun así adivinas quién es mi hermana?

Aquellas palabras fueron la verdadera re-



El Marqués de Eon fué conducido a las mazmorras

velación del sexo del marqués de Eon y aquella misma noche salían para Inglaterra los dos enamorados.

Durante el camino, lord Hatfield le preguntó:

—¿Podré saber, al fin, el verdadero nombre del falso marqués de Eon?

La joven se le quedó mirando y respondió:

—A mí el que más me gustaría sería el de señora Hatfield.

Y mientras que por el camino que conducía a Inglaterra iba el falso marqués de Eon arrojando todas las ropas masculinas, que ya no le habían de servir más, en una fiesta que se celebraba en la corte de Francia el rey felicitaba a la Pompadour diciéndole:

Tu protegido es un hombre de provecho. Hará carrera.

—¿Lo ve, señora? — le dijo al oído el tesoro —. Ahora ya puede venir a vuestro lado, sin suscitar sospechas ni celos.

La Pompadour suspiró, pensando en el próximo arribo de su amado, mientras que éste corría en pos de la verdadera felicidad. La casa de Eon moría con ella, pero, sin embargo, nacía el AMOR.

F I N

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Blasco
La nueva misión de Jodex	René Cresté
La huérfana	Sandra y Blasco
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parísette	Sandra y Blasco
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
Pimentillo	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los patios del amor	
Esposas frías	Von Stralheim
La duquesa del mundo	Myra May
Ricardo Corazón de León	Wallace Beery
El huérfano de París	R. Poyen "Minutilla"
Dorotea Verdón	Mary Pickford

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astorill
El Águila Negra	Rodolfo Valentino
El sol de media noche	Laura La Plante
Mi hijo antes que nadie	Germine Rouer
Jacot a la Reina	Mrs. y Miss. Dullis
La Cabeza del tío Tom	James B. Lowe

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Envíenos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan claro certificado para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catalain
Los dos pilotes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Pay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargemvi
El lobo de París	H. Bandin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilla
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varlet o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jarchini
Venganza gitana	R. Colman
Italia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Navarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schoustrum
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzi Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Unicosa Cos. Ho
El gran combate	Chiffon Moore
Los asesores de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venturosa	Raguel Meller
El cantor de Jazz	Al Jolson
La legión de los condenados	Gary Cooper

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos además sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franquear gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707.-Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 26 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correo, se los enviará enseguida

LECTURA PARA TODOS

4 NOVELAS
TITULOS **!!**
EXITOS **..**

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio: PORTADA A TODO COLOR
25 cts. 42 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

.....
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Fianqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

ZANEMANIA

REVISTA
MUSICAL

Números extraordinarios

60 céntimos

- Núm. 1 - AGUSTIN IRUSTA
ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INOLESITA
- Núm. 2 - LUCIO DEMARE
EL CARREBITO - POMPAS DE JASÓN
- Núm. 3 - ROBERTO FUGAZOT
NIÑO BIEN - AVE NOCTURNA
- Núm. 7 - IRUSTA-FUGAZOT-DEMARE
BARRIO REO - ALAS

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - MARCUCCI - LA REJA
- Núm. 5 - EUGENIA GALINDO
MIS LOCOS SUEÑOS
- Núm. 6 - BACHICHA (J. R. Desambrogio)
VIDALITA
- Núm. 8 - MAY TURGENOVA
ARRABAL

— Pedidos a —
BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona
servimos números sueltos y colecciones completas, previo
pago del importe en sello de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franco de gratis